CAPÍTULO SEGUNDO

La experimentación intensa de la verdad del sufrimiento

Entonces, Rechung le preguntó:

—Oh, maestro, se dice que sufriste muchas calamidades después de la muerte de tu padre. ¿Cómo llegaron estas desgracias?

Así se lo pidió y el maestro continuó:

—Cuando tenía unos siete años, mi padre, Mila Bandera de Sabiduría, padecía una enfermedad terrible. Los doctores y los magos predijeron que nunca se recuperaría y lo abandonaron. Sus familiares y amigos también sabían que no viviría mucho tiempo. Él mismo tenía la certeza de que moriría. Mi tío, Eterna Bandera de la Victoria, mi tía, Gloriosa Contendiente de Khyung, y todos nuestros familiares, amigos íntimos, conocidos y distinguidos vecinos se reunieron. Mi padre estuvo de acuerdo en dejar todos los asuntos y las posesiones de la familia al cuidado de un depositario. Después, hizo un testamento detallado que garantizaba que, en un futuro, su hijo pudiera tomar posesión de todo el patrimonio. Y lo leyó en voz alta para que todos lo escucharan:

«Para resumir claramente: como no me puedo recuperar de la enfermedad que tengo y como mi hijo aún es pequeño, aquí explico cómo lo confío a todos mis familiares y amigos y, especialmente, a su tío y a su tía. En las montañas: mis animales (yaks, caballos y ovejas). En el valle: ante todo, el Triángulo Fértil, y muchas otras parcelas de tierras que en-

vidian los pobres. Debajo de la casa: vacas, cabras y asnos. En el desván: las herramientas, el oro, la plata, el cobre y el hierro, las turquesas, las telas, la seda y el grano. Todo esto es mi patrimonio. De hecho, tengo tanto que no tengo que envidiar a nadie. Tomad una parte de mis riquezas para los gastos que habrá después de mi muerte. En cuanto al resto, os lo confío todo hasta que mi hijo sea lo suficientemente mayor como para hacerse cargo de todo. Confío completamente el cuidado de mi hijo a sus tíos.

»Cuando este niño tenga la edad para asumir las responsabilidades familiares, dejad que se case con Dsesé, de quien está enamorado desde pequeño. Entonces, dejad que reciban todos mis bienes sin excepción y dejad que mi hijo tome posesión de su herencia.

»Mientras tanto, que su tío, su tía y sus familiares más cercanos cuiden de las alegrías y las tristezas de mis dos hijos y de su madre. No les dejéis en la miseria.

»Después de morir estaré vigilando desde el reino de los muertos.»

Después de pronunciar estas palabras, falleció.

Entonces, se celebraron los ritos funerarios. Todos los familiares llegaron a un acuerdo para repartirse las posesiones y todos, particularmente los de buenos sentimientos, dijeron: «Joya Blanca, cuida tú misma de todas las propiedades. Haz lo que creas conveniente». Pero el tío y la tía dijeron: «Todos los aquí presentes son amigos, pero nosotros, los más cercanos a ti, seremos mejores que los amigos. No haremos ningún daño a la madre y a los hijos. Siguiendo lo que dice el testamento, nosotros nos haremos cargo de las propiedades».

Sin escuchar los argumentos del hermano de mi madre o de la familia de Dsesé, mi tío tomó los bienes de los hombres y mi tía, los de las mujeres. El resto de los bienes los dividieron por la mitad. Entonces, el tío y la tía dijeron: «Vosotros, madre e hijos, os iréis alternando para servirnos». Desde enton-

ces, no tuvimos el control de nuestros bienes. En verano, en el momento de trabajar en los campos, fuimos los sirvientes de mis tíos. En invierno, cuando se trabajaba la lana, fuimos los sirvientes de mis tíos. Nuestra comida era como la de los perros y nuestro trabajo, como el de las mulas. Para vestirnos, teníamos unos jirones que nos poníamos encima y los atábamos con una cuerda de hierba. Trabajábamos sin descanso y nuestras extremidades se llenaron de heridas. Debido a la mala alimentación y al mal abrigo, adelgazamos mucho y nos pusimos pálidos. Nuestros cabellos, que un día caían enredados con oro y turquesas, se volvieron grises y escasos, llenos de piojos y liendres. Las personas con sentimientos, que nos vieron u oyeron hablar de nosotros, lloraban. Hablaban en voz baja a espaldas de mis tíos. Hundidos en la miseria, mi madre dijo a mi tía: «Tú no eres la Gloriosa Contendiente de Khyung, sino la Dumo Trakdren, la Diablesa como las Tigresas». Y este nombre, Diablesa como las Tigresas, le quedó.

En aquellos días había un proverbio muy conocido que decía: «Cuando el maestro falso es maestro, el verdadero maestro es expulsado de la casa como si fuera un perro». Este proverbio nos describía muy bien a la madre y a los hijos.

Cuando vivía mi padre, Mila Bandera de Sabiduría, todos, ya fueran fuertes o débiles, nos miraban para ver si nuestras caras sonreían. Después, cuando el tío y la tía se hicieron tan ricos como reyes, eran sus caras, tristes o alegres, las que la gente miraba. Los hombres decían de mi madre: «Mirad que cierto es el proverbio: “Un marido rico, una mujer eficiente, de la lana blanda, buenos vestidos”. Ahora que el marido ya no está, el proverbio demuestra su verdad. Antes, cuando su marido era el dueño y tenía la cabeza alta, Joya Blanca era valiente y sabia, y también buena cocinera. Ahora, es tímida y débil». Incluso aquellos que nos habían servido se burlaban de nosotros. Y así actuaron, siguiendo el ejemplo del dicho: «Las desgracias de uno son las alegrías de otro».

Los padres de Dsesé me dieron unas botas y ropa nueva y me dijeron: «No pienses que eres pobre cuando las riquezas se van, porque éstas son efímeras como el rocío en la hierba. En el pasado tus antepasados no se hicieron ricos hasta bastante tarde. A ti también te llegará el momento de la abundancia». Y hablándonos así nos consolaban.

Finalmente, cumplí quince años. En aquel tiempo, los padres de mi madre nos dieron un campo, llamado Pequeña Alfombra de Pelo. Pese a que el nombre era un poco feo, aquel campo producía una magnífica cosecha. El hermano de mi madre lo había cultivado e hizo lo que pudo para almacenar lejos toda la producción.

Con el excedente de la cosecha que había colectado secretamente compró una gran cantidad de carne. Con la cebada blanca se hizo harina. Con la cebada negra se hizo cerveza para un festín, que dijo que serviría para reclamar el patrimonio de Joya Blanca y de sus hijos. Luego, mi madre se hizo prestar unas alfombras y las puso en la casa llamada Cuatro Columnas y Ocho Vigas.

Primero, invitó a mi tía y a mi tío y, después, a los familiares más cercanos, los amigos íntimos, los vecinos y a todos aquellos que tenían conocimiento del testamento escrito por mi padre, Mila Bandera de Sabiduría. A mi tío y a mi tía les regaló un animal entero. A los demás, según su posición, un tercio o un cuarto de otro animal. También les dio cerveza en tazas de porcelana.

Entonces, mi madre se levantó en medio de la multitud y dijo: «Cuando un hijo nace, se le da un nombre. Cuando se es invitado a un festín de cerveza, significa que es hora de hablar. Tengo algo que decir a todos los presentes, tanto al tío como a la tía, así como a los ancianos que recordarán las últimas palabras de Mila Bandera de Sabiduría en el momento de morir». Así habló, y su hermano leyó el testamento. Entonces, mi madre continuó hablando: «No

necesito explicar a la gente mayor que está presente los términos de este testamento. Hasta ahora, tanto el tío como la tía han tenido el peso de conducirnos, a la madre y a los hijos, en todos los asuntos. Ahora, mi hijo y Dsesé ya son lo suficientemente mayores para tener su casa. Ésta es la razón por la cual hago la petición de que nos devolváis los bienes que se os confiaron y dejéis que mi hijo se case con Dsesé y tome posesión de su patrimonio según el testamento».

Así habló mi madre. El tío y la tía, que casi nunca estaban de acuerdo, en ese momento se unieron en la codicia. De nuestra parte, yo era el único hijo; por su parte, había muchos. Y así, el tío y la tía replicaron unidos: «¿Tenéis bienes? ¿Y dónde están? Hace años, cuando Mila Bandera de Sabiduría gozaba de buena salud, le dejamos una casa, unos campos, oro, turquesas, *dsos*³², caballos, yaks y ovejas. En el momento de morir nos devolvió todos nuestros bienes. ¿Tenéis alguna pieza de oro? ¿Algún gramo de mantequilla? ¿Algún apero? ¿Algún recorte de seda? ¿No hemos visto ni la pezuña de un animal! ¿Quién ha escrito este testamento? Para que no os murierais de hambre, tuvimos la bondad de alimentaros cuando os quedasteis huérfanos y desvalidos. Cuánta verdad hay en el dicho: “Tan pronto como tengan poder, los hombres codiciosos medirán hasta el agua”.»

Después de decir esto, el tío, que estaba enajenado, se sonó, se levantó rápido, chasqueó los dedos, se sacudió la falda que llevaba y, pisando fuerte con los pies, dijo: «Es más, esta casa es mía. Así que, huérfanos, marchaos de aquí». Y después de decir esto, dio una bofetada a mi madre

³² Son bóvidos que se encuentran en las zonas del Himalaya y Mongolia. Son el resultado de un cruce entre un yak y una vaca.

y, a nosotros dos, nos golpeó con una de las mangas de su *chupa*³³.

Entonces, mi madre gritó: «Padre Mila Bandera de Sabiduría, mira el destino de tu familia. Dijiste que nos mirarías desde el reino de los muertos. Míranos ahora». Al decir esto, se desmayó y cayó al suelo. Nosotros, unos niños, no podíamos hacer otra cosa que llorar. El hermano de mi madre tenía miedo de los muchos hermanos de mi tío y no pudo intervenir. La gente del pueblo que nos apreciaba mucho, nos dijeron que lo sentían y no hubo nadie que no llorara. El resto de los presentes suspiraba profundamente.

El tío y la tía me dijeron: «Vosotros pedís vuestros bienes, pero ya tenéis muchos. Habéis preparado un festín para los vecinos y la gente del pueblo sin escatimar cerveza o carne. Nosotros no tenemos tanta riqueza, incluso si la tuviéramos no os la daríamos, ¡huérfanos miserables! Así pues, si sois muchos, hacednos la guerra y, si sois pocos, hacednos maleficios». Con estas palabras se fueron. Después de esto, sus amigos también se fueron.

Mi madre lloraba sin parar mientras su hermano, los padres de Dsesé y nuestros amigos se quedaron para consolarnos. Nos dijeron: «No lloréis, las lágrimas no sirven de nada. Pide lo que necesites a los que han venido a la fiesta. Todos te darán lo que necesites, incluso el tío y la tía te darán algo bueno».

El hermano de mi madre dijo: «Haz lo que te dicen y envía a tu hijo a aprender un oficio. Y vosotras, madre e hija, podéis vivir conmigo y trabajar en mis tierras. Siempre es bueno que os ocupéis con cosas útiles. Sea como sea, debéis hacer algo para no parecer indefensos ante la tía y el tío». Mi madre le contestó: «Despojada de todos mis bienes, nunca

³³ La *chupa* (tib.: *phyu pa*) es una traje tradicional tibetano que puede tener las mangas muy largas. Si éstas se mueven enérgicamente tienen un efecto similar al látigo.

he pedido nada para subir a mis hijos. No aceptaré ni un solo trozo de mi propiedad de las manos de los tíos. Perseguidos por ellos, correremos cuando suene el tambor, y correremos cuando el humo se vea³⁴. Debemos avergonzarlos. Después de esto, yo misma cultivaré mi campo».

En la región de Tsa, en el pueblo de Mithogueka, había un maestro de magia de la orden de los ñingmapas, muy solicitado por los pueblos de los alrededores, que conocía el culto de los ocho dioses serpiente. Mi madre me envió con él para que me enseñara a leer. Al mismo tiempo, nuestros familiares nos ofrecieron algunas cosas. Los padres de Dsesé nos dieron aceite y leña y, para consolarme, enviaron a Dsesé donde yo estaba aprendiendo a leer. Mi tío materno alimentó a mi madre y a mi hermana y así no tenían que pedir o trabajar para alguien más.

Como mi tío materno no quería permitir que mi madre cayera en la miseria, ella trabajaba en casa, un día cosiendo y otro tejiendo. De esta manera consiguió algo de dinero y pudo comprar lo que nos hacía falta a los hijos. Mi hermana trabajaba para alguien tanto como podía, y así se pagaba la comida y la ropa. Ella corría cuando el tambor sonaba y el humo se veía. Sufriendo de hambre, vestidos con jirones y afligidos, no éramos felices.

Así habló el maestro. Al decir estas palabras, todos los presentes se emocionaron y, con pena en sus corazones, permanecieron en silencio durante un tiempo, llorando.

Éste es el segundo capítulo, que explica cómo experimentó profundamente la realidad del sufrimiento.

³⁴ Esta expresión se refiere al tipo de vida de los vagabundos o mendicantes que iban a pedir a los monasterios. Cuando suena el tambor es cuando se hacen rituales y cuando hay humo en las chimeneas es cuando se cocina. En estas ocasiones es cuando se reparte la comida.